Cali, Valle del Cauca, mientras suena "No one Noticed", The Marías.
3/5/2026

Los días pasan como una eternidad y los años como un breve suspiro. Cada momento de nuestra existencia yace inmerso en un ligero estado de ebriedad que, irónicamente, nos ayuda a mantenernos cuerdos. Sin aquella pizca de fantasía, sin aquel anublamiento del juicio, la claridad de nuestro destino nos precipitaría a una vida inmediatamente abarcada en su totalidad.

Para todos nosotros es clara la dirección de los días y las horas, de los años y las décadas. Todo cuanto algún día habremos de vivir está ya dispuesto desde que el primer suspiro marca el comienzo de nuestra vida.

La vida de un hombre está compuesta por la convivencia entre múltiples personalidades que se intercambian el mando irregularmente. Su alma es un Estado que cambia de régimen constantemente. Todo el espacio en el que existe aquella reunión de diferentes humores llamada alma el hombre sufre y padece una interminable serie de contradicciones marcada por pequeñas treguas de descanso a las que llama su identidad.

¿Qué es la personalidad? El conjunto de las reacciones que constituyen la identidad de un sujeto.

Y siempre termino decepcionado de estas cosas.

No pretendo crear con mi pobre imaginación un universo narrativo del que no soy digno. Mi único anhelo es la claridad, la resolución, la creación de un algo cualquiera al que poder dirigirme en mis momentos de duda.

Quisiera una teoría, pero no una que explique todo, sino una que explique solo lo importante. Todo lo demás se deduciría de ella si realmente diese con el principio clave.

Pero siempre tengo la duda de si acaso ese principio realmente existe o si por el contrario no es más que una ilusión heredada.

¿Pero qué te sugiere que existe tal cosa, que tienes derecho a mencionarla con tanta seguridad?

No tengo la menor idea. Parece algo implantado en mí, una necesidad primitiva que me gobierna y se impone a sí misma.

¿Acaso esta imposición es suficiente para aceptar su existencia?

No, no necesariamente.

¿Entonces?

No lo sé. Supongo que así es nuestro diseño. O al menos el mío. Aquella necesidad tan apremiante por buscar un principio en el todo, un punto de partida del cual aferrarse para orientar el pensamiento, puede ser una imposición natural de nuestra constitución. Pero todo esto es un misterio. No me atrevería a intentar resolverlo. Muchos hombres han agotado generaciones enteras persiguiendo aquella respuesta solo para admitir, rezagados, que no la han alcanzado. Pensar que podría darle una solución suena tentador, pero viendo la vida de otros hombres me doy cuenta de que es algo mucho más que solo una pregunta. Puede que quizá se trate de un engaño y que, precisamente por eso, jamás se haya resuelto.

Antes que nada hay que preguntarse si lo que investigamos no es una ilusión, un engaño de nuestra mente, para así no derrochar años enteros en un propósito inútil. Pero el simple hecho de preguntarnos si merece la pena o no, si acaso se trata de un problema real o de una confusión, implica ya al investigador emprender un viaje del que no puede tener la menor garantía al respecto. Si todo fuese tan fácil, si tan solo bastara con hacerse esta pregunta y realizar unos cuantos cálculos, tantos libros y tantas equivocaciones disfrazadas de sabiduría jamás habrían existido. Y, sin embargo, la suerte del hombre no es tal; el único camino que hemos sabido recorrer es el de la equivocación, el de la colección de errores y formas inadecuadas de hacer las cosas. Así es como hemos conseguido obtener el puñado de aciertos sobre los que se erige el mundo.

Pero quizás este método, si es que así puede calificarse, ya ha agotado sus posibilidades. Si esto es así, quizá nos encontremos, eventualmente, con un muro infranqueable del que jamás podamos avanzar; un límite al que ninguna inteligencia podría jamás superar.

Pero cómo saberlo. Una vez más, esta cuestión adquiere el mismo aspecto fantasmagórico e inescrutable que todas las demás cuestiones fundamentales. No cabe más que seguir recorriendo todos los caminos a tientas y entre la oscuridad, dando vueltas y repitiendo una y otra vez los mismos errores.

Así es la vida humana: un estado inagotable de dudas e incertidumbres cuyo único alivio hasta el momento ha sido una frágil y resquebrajada esperanza fijada en el porvenir.

6/19/2026, Tras salir a buscar trabajo.

Me encontraba acompañado de mi madre en el centro de salud Porvenir, el lugar en el que se me había asignado la cita de control médico necesaria para la contratación en la empresa. La cita era a las nueve de la mañana, pero llegamos cuarenta minutos antes. Siempre tengo la mala costumbre de llegar mucho antes de lo acordado a todo; a citas, reuniones, viajes, etc; siempre he tenido que aguardar por el otro. Esperé junto a la entrada mientras mamá terminaba su desayuno, un yogurt y un pastel de pollo. Mi prisa por llegar temprano a la cita nos hizo posponer el desayuno.

Mientras ella disfrutaba su desayuno con una lentitud libre y despreocupada, yo me encontraba bajo el esfuerzo mudo por controlar el ritmo tan desenfrenado al que marchaba mi corazón debido a los nervios del momento. No podía evitar sentirme asfixiado e inquieto ante la inmensa cantidad de escenas que volaban en mi mente recordando mis tiempos como empleado, tiempos en los que me sentí profundamente despreciado, menoscabado e indignado ante la injusticia que era para mí tener que regalar mi tiempo.

No pude contenerme por mucho tiempo y finalmente me derrumbé frente a mamá. Le dirigí una larga mirada con una expresión de desolación y nostalgia y le dije: siempre que tengo que trabajar me invade una desolación tan tremenda, un sentimiento frío y pesado de angustia y pánico tan grande que me vuelvo a sentir como un niño asustado.

– Pero, papi, es necesario trabajar –respondió ella mientras aún masticaba su pastel–. La vida sin plata es muy maluca, muy aburridora. Yo sé que a veces es muy harto tener que madrugar o tener que hacerle caso a otra persona, pero al menos gana platica y puede salir y disfrutar. Ánimo papi.

Me quedé mirándola un rato y le dí la razón levantando los hombros. Era cierto; una vida sin dinero y sin posibilidades de hacer nada no resultaba ser más que un estado de amargura e insaciedad en el que cada instante de hambre y envidia se hace eterno. Y también era cierto para mí aquello, pues soy alguien perforado hasta la raíz por la envidia y el odio. Conseguir trabajo era, al menos, la oportunidad para calmar el hambre y disfrazar el odio.

Mamá terminó de comer. Pasamos a través de una puerta de reja que encajaba más con una casa ordinaria que con un centro médico. Junto a esta se hallaba la típica silla rimax de plástico blanco en la que aparentemente se sentaba el vigilante que frente al local se encontraba barriendo. Al acercarme a para apartar la reja sonó la activación de un mecanismo y esta se abrió sola. Fui recibido por el saludo autómata de la recepcionista:

—Buenos días, ¿qué necesitas?

Antes de entrar ya había masticado en mi mente lo que pretendía decir al momento de ser recibido en aquel lugar, pero tan pronto como esto ocurrió se me paralizó el cerebro y solo pude vomitar un balbuceo indescifrable del que se me escurrieron las palabras: Vine por un coso de…Ahhh, espere lo busco.

La chica adivinó por mi torpeza que ni yo mismo sabía bien por qué me encontraba allí. De inmediato se recompuso y me pidió la cédula. Entonces la saqué del bolsillo con toda la agilidad que pude imprimir en mis movimientos en ese momento y se la extendí. La tomó y se quedó tecleando en silencio unos segundos. Después de unos instantes me entregó un papelito caliente recién fotocopiado en el que se encontraban los exámenes que habrían de hacerme ese día. Me indicó que me sentara al fondo del pasillo a la vez que le pidió a mi madre que fuera a la zona de acompañantes.

Me dirigí al lugar indicado, sospechando si era el correcto o no, puesto que me encontraba completamente solo allí. Comencé a rumiar más mis sospechas mientras pasaban los minutos, tratando de reunir pruebas de que me había equivocado de sitio y que ella se refería a otra sala. Estuve a punto de pararme y preguntarle si era ese el sitio o no, pero me detuvo la vergüenza de aquella situación tan incoherente de preguntar algo después de ya pasado un tiempo. Aquello solo alimentaría la imagen de retrasado que ya exhibía al llevar conmigo a mi madre a una cita médica de trabajo siendo ya un adulto. Me quedé callado y me consolé con la idea de que en ese sitio podría escuchar cualquier llamado y dirigirme al lugar correcto.

Me dejé llevar por la despreocupación y dirigí mi atención al televisor que estaba colgado en la esquina superior de la pared frente a mí. Estaban dando las noticias; se hablaba de un bombardeo de Ucrania a Rusia. Había imágenes de algo así como un templo en ruinas que aparentemente había sido bombardeado por un dron. Pero las imágenes no eran del ataque en Rusia, sino de los resultados de los muchos ataques rusos en Ucrania que ocupan el pasar de los días en aquella tierra. Luego salió un mensaje del presidente de Ucrania hablando de guerras y todo ese tipo de cosas que todos los días se repiten. Una nueva guerra iba a comenzar.

Por fin mis dudas se aliviaron cuando escuché a la secretaría de aquella sala llamarme. Me levanté y me dirigí hacia ella con paso resuelto y serio, tratando de reponer en este segundo intento la impresión tan torpe e infantil que había dado con la recepcionista. Me miró y dijo:

—Buen día, Juan David. Podrías entregarme el papelito que te dieron en recepción.

Entonces urgué en mis bolsillos y extraje el papelito con el listado de exámenes todo arrugado y ligeramente húmedo por el sudor de mi mano. Se lo entregué y volví a quedarme en silencio escuchando el sórdido tecleo. Luego me volvió a sustraer del olvido con una mirada y me preguntó si tenía las uñas pintadas.

–No–le dije mientras le extendía el dorso de la mano exhibiendo mis dedos–.

Volvió a teclear maquinalmente y después me preguntó:

–¿Traes la muestra coprológica?

—S..sí– le contesté torpemente tras ser arrancado de un estado de atención a una mancha de la mesa–.

Entonces saqué el frasco con mi mierda y se lo mostré de cerca. Ella me miró confundida y me dijo:

–No, no, lo entregas en la otra sala de residuos.

Me sentí nuevamente humillado.

Regresé a la sala para esperar mi llamado. Mientras aguardaba en silencio allí sentado, con la mirada perdida y una fisonomía de desequilibrado mental, hervían en mi mente de nuevo aquellos viejos recuerdos en Mcdonalds; me encontré de nuevo arrastrando la basura bajo la pesadez del sol inclemente mientras su jugo se escurría por mis dedos; reviví las tantas ocasiones en las que el restaurante pareció haberse convertido en un centro de migración, repleto de personas asquerosas con los vientres inflados cuyas respiraciones de tabaco y jugos de hamburguesa impregnaban el aire. Me sentí instalado nuevamente frente a aquel abismo de pánico y ansiedad mudos que debía atravesar cada día camino al trabajo. De súbito fui arrancado de aquel letargo por el sonido del altavoz:

— Juan David Padilla, por favor dirigirse al piso cinco, sala dos.

Aguardé unos segundos más para escuchar la repetición del llamado. Entonces me levanté del asiento y traté de orientarme a mi alrededor buscando las escaleras para subir. Al subir al segundo piso me encontré entre un pasillo estrecho de paredes blancas dispuesto en L. Avancé hasta el final del pasillo mientras buscaba con expresión desconcertada algún cartel que indicara el número de mi sala. Me adentré hasta el fondo, donde me encontré accidentalmente con mi madre, quien estaba sentada dentro de una sala amplia junto a un patio bañado en la luz anaranjada del Sol mañanero. Estaba dormida, con la cabeza reclinada sobre su hombro. La miré desde arriba por unos instantes y regresé en silencio por donde vine. Finalmente encontré la sala. Asomé la cabeza por una puerta entreabierta por la que se asomaba la esquina de un escritorio. Tras unos segundos de intrusión escuché una voz:

—¿Cuál es tu nombre?

— Juan David Padilla Castillo– respondí con tono apagado e insensible.

— Dale, pasa, por favor– dijo el doctor cuya apariencia se revelaba al adentrarme a la sala–.

Al entrar me encontré con una sala de revisión ordinaria. Sentado frente a un escritorio repleto de teléfonos y herramientas médicas de todo tipo, se encontraba un hombre cuya edad parecía rozar los sesenta años. Tenía el típico rostro delgado, con los cachetes ligeramente caídos y una mirada amistosa. Tan pronto como escuché su voz y lo ví sentí el cambio de presión en el ambiente. Me sentí cómodo y tomé asiento. Me saludó y comenzó a hablarme:

–Bueno, Juan David, vamos a hacerte unas revisiones, pero antes vamos a responder unas preguntitas– todo esto lo dijo terminando cada palabra con una ligera disminución de tono que le daba un aspecto infantil y relajado a todo el asunto–.

–Bueno– contesté, mientras fijaba la vista con curiosidad en lo que había alrededor mío. Pero esto no lo hacía sino con una curiosidad fingida, más bien guiado por ciertas correcciones de mi personalidad que había sentido necesarias previamente durante mis divagaciones.

Entonces comenzó el interrogatorio:

–¿Tomas alcohol, traguito…?

–Nop.

—¿Fumas, consumes algún tipo de droga?

—No, no..

—¿Tienes hijos?

—No…

–¿Practicas algún deporte o haces ejercicio?

—Hago calistenia y salgo a trotar.

—¿Qué tan frecuente?

—Al menos tres veces por semana.

—Vale. Por favor quítate los zapatos y párate en la báscula.

Sentí el terror bajar por mi garganta y caer en mi estómago como una gota grande y espesa en el instante en que escuché esas palabras. No recordaba que en las revisiones médicas siempre te miden el peso y que era necesario quitarse los zapatos para esto. Sabía que tenía mal olor en los pies debido a que me sudan mucho por mi hiperhidrosis. No tuve más opción que aceptar aquella humillación pasajera y hacerme el loco. Entonces me quité los Converse de bota que tenía puestos y, para disimular, los dejé debajo de una camilla detrás mío. No obstante esto, me encontré con que tenía las medias de dos colores diferentes y, para rematar, una tenía un agujero por el que sobresalía mi dedo gordo. Toda esta consulta médica, desde el inicio hasta el final, parecía una pesadilla tragicómica.

Me paré sobre la báscula: los números se tambalearon entre cifras decimales que oscilaban de derecha a izquierda hasta detenerse en 64 kilos. Creí que pesaba un poco más, quizás dos o tres kilos más. Me sentí ligeramente decepcionado y a este sentimiento vino de compañía la resolución de que, con el salario que habría de ganar, debía comprar cosas para subir de peso. Quería verme un poco más grande, robusto. No me agrada la idea de verme muy escuálido, como cuando era adolescente.

El doctor me pidió que me quitara la camisa para tomar mis medidas de cintura. Me la quité con algo de esfuerzo, pues me quedaba un poco pegada. Al retirarla pude ver en ella las manchas de sudor en las axilas. Entonces el vejete se acercó y me midió la cintura con un metro. Posteriormente me dijo: Bueno, ahora bájate los pantalones. Era la última cosa que esperaba escuchar en ese momento.

Cuando era pequeño recuerdo haber estado en una situación similar. Un día, durante una cita de control médico ordinaria, mientras ya estábamos por terminar e irnos mi madre y yo, ella interrogó al médico sobre si yo necesitaba o no una circuncisión, expresando entre sus palabras una preocupación casi ridícula e incomprensible. No entendí a lo que se refería hasta que el médico me pidió lo mismo que este: bájate los pantalones. Entonces regresé mi vista sobre mi madre con una expresión de súplica y ella, al verme, lo único que hizo fue decir:

–Tranquilo, papi, yo me hago acá atrás para no verlo–como si esa fuera mi verdadera preocupación…–

No tuve más opción que ceder y bajarme los pantaloncillos con las manos temblorosas y sostener frente a aquel médico gordo y cenil aquella fibra diminuta y blanda que tenía entre las piernas. Todo esto mientras él me tocaba. Jamás me sentí tan traicionado.

Una vez más parecía repetirse aquella escena. Sin embargo, no ocurrió exactamente eso. Me quedé en ropa interior frente a él, y mientras él me tocaba el estómago, me pedía que tosiera. Mientras yo repetía esta acción, él iba bajando hasta que finalmente llegó a mi pelvis. Allí me pidió que tosiera más fuerte y palpó por unos segundos la parte más baja de allí, cerca de los testículos. Tan pronto hizo esto terminó y me pidió que me vistiera. Durante todo el proceso no sentí el menor pánico ni miedo. Cuando uno crece y se vuelve adulto le deja de importar cosas como ésta y las ve como algo completamente normal. La desnudez en el acto sexual hace al hombre y a la mujer perder aquella vergüenza y animadversión que tienen los infantes a todo lo relacionado con la intimidad.

Me retiré y salí a encontrarme con mamá.

6/20/2026, mientras me como un banano

No sé por qué me molesto en escribir esta historia. Ni siquiera sé a dónde quiero llegar. Únicamente me guío por el deseo de imitar las obras de otros autores que admiro, pero al leer todo lo que he escrito aquí me encuentro con que es una cosa terriblemente aburrida e insípida.

Siempre me pregunto por qué, por qué no podré tener esa libertad de imaginación e ingenio que permite al artista liberarse de la prisión del cuerpo. ¿Por qué me cuesta tanto esfuerzo crear algo decente? Y no se trata particularmente de engendrar una obra y tenerla como monumento a mi grandeza para alimentar mi vanidad desde entonces con ella, sino de otra cosa; de la mera naturalidad del pensamiento para enriquecer cualquier experiencia, por más

tosca y superficialmente vulgar que parezca. Y esto es algo que va más allá, algo muchísimo más fundamental y primario porque es precisamente la esencia de cualquier creación artística, su origen, la fuente de la que mana cualquier posibilidad de arte. Y, sin embargo, me temo que carezco de esa libertad, o al menos no la poseo en la medida en que me gustaría.

Aunque la historia de los artistas siempre es bastante confusa y llena de misterios. Kafka, por ejemplo, dudaba en extremo de sus propias obras y tenía tan poca confianza en sí mismo que, aún cuando terminó algunas, jamás tomó la decisión de publicarlas. Me pregunto yo: ¿bajo qué circunstancias fueron escritas obras como La metamorfosis, El proceso? ¿Acaso escribía un poco cada día después o antes del trabajo, durante sus tiempos libres? ¿Qué clase de sentimientos lo inspiraban al hacer esto? ¿Qué pensamientos goteaban sobre su conciencia durante el día y la noche? Me provoca una curiosidad tan maniática descubrir todo lo que envuelve al artista, sobre todo a hombres cuyos textos dan prueba de una condición existencial tan profunda y agrietada, repleta de aristas y curvas que se envuelven formando todo tipo de surcos y figuras. Siempre me he sentido identificado con esa imagen del arte, de la creación; siempre he sentido al arte como un estilo de vida solitario, austero, envuelto en un hermetismo que captura dentro de sí la orquesta de un genio trabajando. Y, sin embargo, pese a todo esto, pese a sentirme artista, jamás me he considerado realmente uno.

Cómo me hubiese encantado haber entrevistado yo mismo a hombres como Dostoievski, a Tolstoi y hacerles preguntas incautas y llenas de una intrusión malintencionada. Les hubiese preguntado sobre Dios, sobre sus personajes, sobre aquella infancia en la que todos encontramos el germen de nuestros pensamientos maduros. Sin duda les haría preguntas con toda la intención de ponerlos a prueba. Por ejemplo, a Tolstoi le diría algo así como: ¿No cree usted, señor, que su conversión al cristianismo no obedece sino a una crisis propia de la mediana edad, al simple miedo a la muerte tras el advenimiento de una vejez más avanzada? Quisiera discutir de esto con ellos, ver hasta dónde resisten. O, si por el contrario, ellos me ponen a mí a prueba.

Sin embargo, pensando un poco más detenidamente sobre esto no puedo evitar sentir un rumor de duda y patetismo, no puedo alejar de mí el presentimiento de que nada de esto realmente importa, sean cuales sean sus respuestas porque, al final, al final de todo, lo único que queda en nuestra mente es lo que nosotros mismos podemos pensar y sentir, y nada más que eso. Todo lo que hacemos, sentimos y pensamos proviene necesariamente de las condiciones que procuran aquellos estados, cualquiera que sea el origen de estas, de si tienen una naturaleza inamovible o flexible. Hay cosas que nunca cambiarán mientras alguien sea alguien. Y no digo esto refiriéndome a querer cambiar el parecer de los demás, sino más bien el mío. Y es que no importa cuánto tiempo pase y por cuantas nuevas experiencias se inunde mi intelecto, no dejo de exhibir en mis actos cierto nihilismo de abandono y cansancio, cierta parte marchita de mi espíritu que no deja de palpitar sobre mi consciencia a diario, imponiendo su presencia. Por otro lado, tampoco dejo de pensar que me quedaré solo, que soy un perdedor y que nunca lograré realmente nada de lo que me he propuesto.

Pero bueno. No importa. Nada importa. La vida de cada ser humano no es más que una película de corta duración entre la eternidad, cuyos elementos constituyentes y significado no tienen la mayor relevancia fuera de sí. Por más que se intente elevar la vida a un estadio más alto, a una posición más trascendental, siempre nos encontramos nuevamente con la misma miseria.

6/21/2026, tras perder las elecciones

Me siento profundamente decepcionado por este país, por esos más de diez millones de personas que echaron por la borda la soberanía de nuestra nación y, siendo conscientes o no de ello, le van a regalar nuestros territorios y recursos a esos gringos hijueputas. Todo lo que está ocurriendo hoy en Colombia es una lucha entre la ambición desaforada de Estados Unidos por acaparar todo y los verdaderos ciudadanos Colombianos, quienes no quieren tomar de ejemplo los modelos capitalistas ridículos e inhumanos que hoy se exhiben como motivos de orgullo en occidente. Colombia no puede permitir que se le arrebate su autonomía, su cultura, su libertad y su deseo de crecer siguiendo valores alternativos que no ridiculicen la condición humana bajo el ansia de la producción. Si Colombia consigue la libertad, no habrá nación que se le compare. Debemos exterminar a los gringos y a todo aquel emisario que pretenda romper las fronteras de nuestra nación para permitir una invasión masiva de estos depredadores desesperados.

La soberanía ante todo.

Estados Unidos e Israel, junto con otros países, constituyen actualmente para el mundo la mayor amenaza que jamás ha habido en la tierra contra la dignidad humana, contra los valores sociales y comunitarios. El deber de naciones divergentes como Colombia, de las que Estados Unidos y otras naciones tienen todo que envidiar, radica, ante todo, en conservar para sí y dentro de sí el poder y la soberanía para impedir la prolongación de una sombra que hoy envuelve al mundo entero: la guerra.

Es por esto que Colombia y todas las naciones que deseen seguir modelos sociales de gobierno fundamentalmente humanos, deben rechazar de forma contundente y definitiva la intrusión de modelos culturales, sociales y políticos que pretendan deslegitimar, arrasar y pormenorizar la lucha por la vida.

La única forma de salvar al mundo es a través de la lucha social, de la educación, de la enseñanza, de concientizar a la gente con valores más profundos, más humanos, valores que permitan al ser humano ver más allá del blanco y el negro, del amigo o el enemigo.

Dentro de mi corazón yace un odio más oscuro que cualquier sombra hacia todos los hombres que constituyen hoy la prolongación de las malas decisiones que han perdurado desde el comienzo de esta nación. Y, sin embargo, pese a este odio, no puedo decir que la violencia sea la solución, porque ni siquiera es eso. La única solución consiste, siendo estrictos, en el diálogo, y todo lo demás no es sino incompetencia.

Pero, en fin. Ahora me doy cuenta de que hay algo mucho más grande que mi propio sueño; el destino de un pueblo.

¿Qué importan los avances tecnológicos y científicos si son usados por las personas incorrectas? ¿Qué necesidad hay de bombas atómicas en un mundo en el que la guerra no es una opción?

Los científicos tenemos la responsabilidad de no entregar a las personas incorrectas ningún tipo de tecnología que pudiese servir para la destrucción y la muerte. La obligación primaria del científico no es otra sino la moral.

Ahora todo tiene sentido…

Todo se decidió en la guerra cuando los científicos les dieron las armas para dominar el mundo. Cuando Oppenheimer y otros tantos científicos dejaron a un lado a la humanidad por el capricho de una creación monstruosa. Fue ahí cuando Estados Unidos comenzó a creer que, en efecto, podría doblegar al mundo.

6/25/2026, escapando del estudio

Para serte sincero, querido diario, debo confesarte que me siento superado por el estudio de la Física, que me siento tremendamente incompetente e incapaz de acertar en cualquier cosa. He pasado largas horas durante todo un día intentando inútilmente resolver ejercicios por mi cuenta, pero en todos he fallado. No importa cuánto tiempo le dedique a este u otro ejercicio, siempre termino ignorando algo clave en su resolución. Así que esto me tiene trastornado y con el ánimo roto. No sé qué hacer para seguirle el ritmo a todo esto. Siento tanta envidia de esas personas que han conseguido superar este obstáculo.

Tantos pensamientos sobrevuelan mi cabeza: “Si no puedo con esto, ¿qué haré después?”, “¿Será que esto no es lo mío?”, “¿Será que cometí un error al cambiarme de carrera y elegir la Física?, ¿Alguien como yo de verdad tiene futuro en esto?”. No puedo evitar sentirme así.

En verdad me siento superado por esto. No sé qué hacer ni qué decir. Solo quería contárselo a alguien.

A veces creo que soy retrasado mental, o como mínimo algún tipo de autista. Y esto lo digo reflexionando sobre mi vida y mi comportamiento con los demás a lo largo de los años: siempre he estado acompañado por una melancolía embriagante, por un sentimiento apisonador de soledad y falta de sentido en la vida. Nunca he conseguido sentirme plenamente cómodo con alguien en compañía, pues encontrándome con cualquier persona, siempre me he sentido asfixiado de algún modo por su presencia. Nunca he sentido la necesidad o el gusto de conversar con la gente ni de preguntarles cómo están. No recuerdo una conversación con

compañeros o amigos en la que no me sintiera obligado a fingir de algún modo. No recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí cómodo con el personaje que estaba interpretando.

Siempre me he sentido como un extraño para los demás. Siempre me he sentido rechazado o visto de forma rara.

Vivo aferrado a muchos recuerdos, a muchas cosas que otra persona ya consiguió superar y que yo no. ¿Acaso esto no es estar enfermo, o como mínimo, ser inferior?

No me encuentro por ningún lado. No veo cuándo terminará este episodio de mi vida y comience lo verdaderamente bueno.

Siempre me siento solo, perdido, vacío, ignorado por el mundo. Las personas me parecen algo distante, algo fuera de mi alcance. Siento que soy incompatible con la mayoría de personas. ¿Acaso esto no es ser un humano defectuoso?

Con frecuencia me siento avergonzado de mí mismo. De no ser capaz de esto o lo otro que los demás sí: de no ser capaz de hablar con otras chicas con éxito, de solo encajar con gente igual de rancia que yo, de ser visto como un raro por personas que al verlas me dan ganas de conquistarlas. De no resolver problemas con agilidad, de ser lento para pensar, de trabarme al hablar, de no poder dirigir con claridad mis pensamientos cuando escribo, de no ser tan inteligente como me gustaría, de no progresar pese a mis enormes esfuerzos. De tener pensamientos que al exhibirlos solo me dejan en ridículo, de estar todo el tiempo confundido y envuelto en tinieblas, de no tener principios claros…De no poder defenderme cuando me insultan, de tener miedo a ser derrotado.

En general, me siento incompetente en todo. Todo me quedó grande.
¿Para qué putas nace uno si todo le queda grande?

¿Cuál es el chiste de vivir esta hijueputa vida si solo es puro malestar?

¿Cuál es el punto de haber nacido si todos están por encima de ti, si no eres nadie y nunca te sientes bien contigo mismo?

¿Por qué tengo que soportar esto?

¿Por qué no me tocó otro personaje?

Y simplemente tengo que chuparme esto y ya porque no existe alternativa.

¿Por qué tengo que ser algo que no me gusta?

6/26/2026 Entre la locura y el hambre

Cada día que pasa me siento más y más decepcionado. Ya no guardo esa esperanza en que algún día escribiré algo que me haga sentir orgulloso, ni mucho menos que algún día dejaré de sentirme como me he sentido desde siempre. Ya no sé qué esperar de mí mismo. ¿Acaso debería no esperar nada y ya? ¿Rendirme completamente ante todo y dejar de aspirar lo imposible? ¿En qué consistiría mi vida entonces? En nada. Pero es imposible ser nada. Si me rindo, lo único que ocurrirá es que seré más infeliz, porque de todos modos seguiré soñando y deseando cosas. En cualquier decisión que tome, seré un infeliz.

Quizá eso es lo que soy y para lo que estoy hecho: para ser un maldito infeliz. Pues bueno, de todas formas moriré, eventualmente. Este dolor no durará para siempre. Y mientras muero, debo fingir que tengo orgullo y protegerlo, vivir fingiendo una dignidad en apariencia y ocultar mi verdadera identidad. Al menos así seré mejor que esto a los ojos de los que no me conocen.

No soy inteligente ni astuto. Todo se me da mal. Renuncia a esperar algo de tí mismo y déjate llevar. Tú no existes, eres solo un personaje, un actor secundario en escena, algo meramente decorativo y sin alma. No tienes nada de qué avergonzarte porque no existes. No hay un “Yo” que defender, no hay nada en tu interior. Solo ocupas este espacio y nada más. Serás olvidado, o ya fuiste olvidado.

Donde sea que me encuentre me persigue este asqueroso e insoportable sentimiento de nulidad, de ser ignorado, de no existir para el resto del mundo.

MUERETE!!!!!!!!!!!! DÉJAME EN PAZ

TE VOY A MATAR

POR QUÉ TENGO QUE SALVAR AL MUNDO!????? NO QUIERO, NO TENGO POR QUÉ SALVARLOS!
ELLOS NO HAN HECHO NADA POR MÍ, NO HAY RAZÓN POR PREOCUPARME POR EL BIEN NI POR EL MAL, SOLO DEBO IMPORTARME YO MISMO Y NADA MÁS! AL FIN Y AL CABO TODOS SERÁN OLVIDADOS Y NO QUEDARÁ RASTRO DE NUESTRA EXISTENCIA EVENTUALMENTEEE

cansado de todo. Estoy cansado de los asesinos, de los ladrones, de la gente grosera, de los políticos corruptos, de los guerrilleros, de ver fracasar siempre a los buenos y triunfar a los malos. Todo esto parece no tener sentido: la historia se repetirá eternamente.

Vivimos en un bucle infinito de caos, paz, guerra, reconciliación, traición…Y así eternamente, existiendo como la repetición de una configuración inmutable, transformándonos solo en apariencia.

Lo único que existe para mí es mi vida. No pienso en nada más allá de esta. No tengo por qué hacerlo si yo no estaré allí.

El mal ya ganó. No hay nada por lo que luchar.

El mundo está perdido.

Los humanos nunca cambiaremos.

Deja ya de luchar…Deja de resistirte. Descansa, sé feliz. Olvídate de todo.

6/28/2026, La física me consume.

Lamento informarte, mi muy querido diario, que estos últimos días la dinámica me ha hecho el amor sin mi consentimiento, y no lo he disfrutado.

Me encuentro entre la espada y la pared con Física, puesto que perdí el primer parcial en 2.1 y el examen que se avecina no promete cosa distinta. No sé si atreverme a cancelar la materia o seguir con ella aún a riesgo de perderla y comprometer aún más mi promedio. ¿Qué debería hacer? He invertido interminables horas estudiando para la próxima prueba y tanto ha sido mi esfuerzo empeñado que al momento de escribir estas páginas puedo sentir mi cerebro palpitar. ¿Qué harías tú en mí lugar? Pero, por más que me debata en esto, inercialmente me inclino por seguir, aún a despecho de perder, porque, de todos modos, lo que sea que estudie de ahora en más no será sino una ventaja ante cualquier desenlace. Así que supongo que debería persistir en este esfuerzo y cruzar los dedos.

Lo único que está a mi favor es que prácticamente ya tengo cálculo ganado. Pero tampoco debería confiar demasiado en esto, pues nunca se puede estar totalmente seguro de nada. ¿Qué tal que perdiera por alguna causa imprevista? No lo descarto. Debo seguir esforzándome.

Desde esta perspectiva no me cabe duda de que la carrera de ahora en más será un interminable valle de lágrimas donde cada victoria alcanzada tendrá sabor a derrota, pues esta dará paso a una lucha aún más insoportable.

Esta carrera es como la vida: cada día se pone peor.

Me pregunto cuántos siglos tardaré en graduarme yendo a este ritmo tan discontinuo, sabiendo que aguarda por mí la repetición de incontables materias aún más angustiosas que las que ahora me constriñen.

¿Valdrá la pena este tormento, este esfuerzo incansable? Ocurre aquí como en muchas otras circunstancias de la vida: solo lo averiguaré cuando sea demasiado tarde.

Pero es que no se me ocurre otra forma de vivir. No podría soportar cambiar de carrera otra vez. Tendría que empezar de nuevo, y eso ya lo he hecho suficientes veces.

No puedo pasar toda mi vida comenzando de nuevo o ésta nunca comenzará de verdad.

Le temo a lo que me aguarda el porvenir, pero le temo más a repetir el pasado.

Estudié cinco horas y solo conseguí “resolver” un par de ejercicios, y esto no hubiera sido posible sin la ayuda de la IA. No sé qué pensar al respecto. No había forma de que los comprendiera ignorando todo lo que había detrás de su solución. Es que las clases no bastan, no son suficientes para abarcar todo lo que se nos impone a resolver. Esas clases no sirven para un puto culo. No sé en qué piensa el profesor cuando nos pone tres talleres de tres distintos temas que no nos ha explicado. Y todo esto habiendo estado en paro más de un mes. Este semestre ha sido la mayor mierda en mi historial académico. Y eso que mi historial académico es una verdadera mierda. No sé qué decirte, diario; puede que pierda física y vuelva a revivir lo mismo que con cálculo y entonces me graduaré a los treinta años.

Y todo para ser un desempleado, porque con mal promedio quién carajos querrá contratarme o darme una beca para sacar la hijueputa maestría…¡Todo esto es un maldito desastre! Si me hubiera quedado en filosofía estaría becado y estaría en México diciendo estupideces falsas.

Pero debe haber alguna esperanza a la cual aferrarme…¿Cuál será? ¿Qué puede mantener mi esperanza viva? No lo sé. El futuro es incierto, y el éxito no está garantizado como tampoco lo está el fracaso. Sin embargo, el fracaso es más seguro. No puedo aferrarme a esto. Lo único verdaderamente seguro es el fracaso. Todo en la vida culmina en el fracaso: los imperios caen, las bandas se separan, los amores se marchitan, los amigos se vuelven enemigos…Y la vida termina en la muerte. Entonces, ¿para qué mentirme? Lo cierto es que fracasaré inevitablemente. Esa es mi única garantía. No hay lugar para la esperanza bajo la consciencia de lo inevitable.

Todo es confuso y desagradable. No sé a dónde mirar ni sobre qué pensar para distraerme. Todo es asfixiante. No encuentro descanso ni durmiendo. Todos mis sueños no son más que pesadillas.

Cuando fui admitido en Fïsica me alegré. ¡Qué ingenuo! No era consciente del sufrimiento que me esperaba.

Ahora pienso que sería bueno escribir algo para publicar, pero ¿qué sería ese algo? No tengo la menor idea de nada, en verdad. Ello no proviene sino de un deseo frívolo e infantil por imitar a mis autores favoritos, de decir las mismas estupideces que ellos e hincharme de falsos halagos porque, en el fondo, sabré que no importa lo que sea que haya hecho aquí si no he podido lograr lo que no podía. Un solo fracaso basta para nublar todas las victorias. O, quizá, si son tan fáciles de nublar, realmente no lo eran.

Nunca dejes que una victoria te haga olvidar todos tus fracasos.

¿Tú qué dices?
Nada. No digo nada. No sé nada. Solo soy un humano, y dentro de la humanidad, solo soy yo.

No estoy al alcance de la verdad, de la revelación, de desentrañar ningún misterio. Soy del mismo tipo que esos hombres cuya inteligencia a lo largo de toda su vida no es más que una imitación de lo que han leído y robado de otros hombres. Solo soy una copia profana del pensamiento, una imitación. Mi mente jamás ha tenido la fuerza para crear nada suyo, nada que fuese motivo de orgullo ni aplausos. Solo han brotado de mí cosas mediocres, pútridas, intermedias y harto naturales. Todos alguna vez han pensado como yo. Y todos, alguna vez, han descartado algún pensamiento que yo he encontrado sublime.

¡Cuánto tiempo estuve empeñado en demostrar que Dios no existe! Pff..Como si eso importara. Ese asunto simplemente carece de importancia. Da igual si está en algún lado o no, porque es obvio que no le importamos. La gente que decide creer ese tipo de estupideces lo hace porque tiene la necesidad de ello. Están tan convencidos de que Dios debe existir y que los salvará tanto como yo estoy convencido de lo contrario. Ambos tenemos motivos para creer en algo, pero, independientemente de si uno tiene la razón y el otro no, ellos sacan el provecho del consuelo, mientras que yo me revuelco sobre la fatalidad. ¿Qué importa ser un humano y saber que no hay porvenir y que todo está echado si moriré envuelto en agonías y preocupaciones? ¿Qué gano con ello? Absolutamente nada. Mientras que ellos, al menos, tienen el consuelo de su fantasía.

Si la vida humana solo importa mientras dura, mientras existe, y todo lo que ocurra después es irrelevante para el individuo, ¿qué demonios importa lo que sea que creamos si nunca seremos bendecidos por la verdad o reprendidos? Así de simple es este mundo. Siempre ganan los malos. Y eso es lo que más me choca de ser humano: que no importa lo que hagamos, seremos pisoteados irremediablemente por la indiferencia del universo. El bien es solo un accidente, pero el mal es la esencia de la existencia. La alegría y el placer solo existen como correlatos de diferentes tipos de sufrimiento: la pérdida y la necesidad. Solo existen para engendrar distintos tipos de dolor.

Y lo más divertido de todo esto es que no cambia nada; no cambia nada todo lo que he dicho y seguiré siendo el mismo desgraciado. Y todo lo que he pensado y sentido seguirá oculto y sin testigos.

Y la soledad durará eternamente. Y la tristeza durará para siempre. Y la única compañía que tendré por siempre serán ellas dos.

¿De esto se trata la puta vida? ¿De crear y hacer un montón de cosas para que se vayan a la mierda? Todo parece un ciclo sin fin. Cada criatura que nace debe emprender el mismo camino recorrido, y así eternamente, sin realmente alcanzar jamás progreso alguno.

Piénsalo: ¿cuánto tiempo ha que la humanidad surgió de la tierra? Cientos de miles de años. Y cada ser humano nacido, cada uno de nosotros ha repetido sin falta la misma trayectoria: Nacer, crecer, tener sueños, defraudarse de ellos y luego podrirse. Cada uno atraviesa las mismas etapas a un ritmo muy similar y cada uno comete errores casi idénticos en cada una de ellas, y a eso le llaman “experiencia”. La única diferencia es que cada uno vive suficiente tiempo para darse cuenta de esto o no. Y entonces muere todavía embriagado por las promesas del porvenir. Y lo curioso es que siempre tenemos la esperanza fijada en el porvenir y no en el presente. El presente siempre es despreciable. Y siempre hay algo que queremos alcanzar, sin importar la condición en la que estemos. Ninguna riqueza bastará jamás para colmar nuestro apetito.

Por ejemplo: Ahora me levanté y al hacerlo me olvidé por completo de todo lo que había escrito aquí. Lo que me poseía mientras caminaba hacia mi celular era la incertidumbre de si me había llegado o no un correo de la universidad. Esa es la prueba de que ningún conocimiento, ninguna reflexión, sin importar lo profunda e incisiva que sea, jamás podrá imponerse al mecanismo inmutable de nuestra biología. Nuestra existencia es, esencialmente, irreflexiva, puramente inercial.

Otro caso que siempre tengo en mente: Supongamos que soy un artista, uno talentoso que comienza a crear obras literarias majestuosas, obras tan insignes e magníficas que harían lucir a Crimen y Castigo o a Cien años de Soledad como mamarrachos infantiles. Entonces, bañado en elogios y reconocimientos, me empeño en seguir escribiendo y creando historias cada vez más y más ambiciosas. Pero, ¿cuál es el punto de esto? La ambición siempre puede ser más grande, siempre puede desearse un poco más y extender nuestro apetito a otros ámbitos. Pero nunca nos sentiremos realmente saciados si elegimos este camino. ¿Cuál es el punto entonces de todo esto? El Universo es tan grande e inconmensurable que siempre admitirá extensión, siempre admitirá un perfeccionamiento mayor. Y así infinitamente, con lo que sea que nos dediquemos.

Si me vuelvo un matemático legendario, capaz de las proezas más inhumanas, ¿qué será de mí? Seguiré siendo humano pese a todo. Y sin importar lo que haga, moriré y jamás podré ser testigo del verdadero alcance de mis aptitudes, pues la vida es tan estrecha y llena de interrupciones y desvíos, que no bastará para todo lo que podría hacer. Y podría decirse, en

consuelo mío, que lo que hice seguirá viviendo en el corazón de otros hombres y que mis creaciones servirán para la humanidad. Pero eso es una vana ilusión. El mundo y la vida del hombre, en efecto, descansan sobre la invención de cientos de miles de hombres geniales. Pero lo único que sobrevivió de ellos fue el invento, no la voluntad. Y ocurre que todo lo que han hecho ha sido manchado por las empresas más repugnantes y deshonrosas. Todo su talento yace ahora subordinado a la voluntad de criaturas inferiores y repulsivas que solo causan más dolor y destrucción en el mundo.

Todo parece ser inútil.

Pero bueno. Así es la vida. Al final, uno decide seguir viviendo porque no hay nada más que hacer. Aunque uno nunca pidió nacer.